Año XVI. Madrid 8 de Mayo de 1866. Num. 641.

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*Lauros y Rosas*, por D.ª Angela Grassi.—*La Primavera* (poesía), por D. Rafael Serrano Alcázar.—*La Hermosura del alma*, por D.ª Micaela de Silva.—*Labores*, por D.ª Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*, por D.ª Aurora Perez Miron.—Láminas: *Figurin de niños, núm.* 814.—*Grabado de Labores.*

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

REVISTA DE MADRID.

HAY dos sendas que fácilmente podemos recorrer en estos instantes, para introducirnos en el desórden atronador de la capital.

Nuestra Revista puede ser una *Revista de Madrid*, ó una *Revista de Primavera*.

Se aclaran los horizontes, se suaviza el aire, se visten pomposamente los jardines, cantan los pájaros, se aligeran nuestros trajes, y la pesada atmósfera de los salones disuelve completamente los animados grupos que buscaban el calor de una estufa, tejiendo, á la par, el hilo de una discusion tan ingeniosa como divertida.

Aquellas niñas tan bulliciosas como la espuma del *champagne*, que eran no hace muchas noches el encanto de nuestras tertulias, han desaparecido para encerrarse en las cuatro paredes de una casa de campo, donde duermen á la sombra de las primeras lilas, se levantan con los pajarillos madrugadores, y se saborean con fresas, que bañan en el dorado jugo de la naranja.

Estas niñas van consiguiendo tener muchas imitadoras que sueñan con los jardines de Aranjuez, las giras bulliciosas á pintorescas quintas, y las temporadas de primavera que se disfrutan entre el lujo de los bosques mas sombríos, de las praderas mas fecundas, y de los valles mas deliciosos.

Felices las que huyen precipitadamente del eterno laberinto de la poblacion, haciendo un paréntesis entre la tempestad y la calma, entre los salones y los jardines, entre los sueños y la realidad, entre el bullicio y el retiro, entre Madrid y el campo.

No pisan las bordadas alfombras de los gabinetes; pero las flores, que son las mejores artistas de la Naturaleza, se encargan de tejer á sus plantas la inimitable alfombra con que se cubren los prados. No escuchan á Tamberlik, pero escuchan al ruiseñor, excelente músico á quien el empresario del régio coliseo haria con mucho gusto proposiciones ventajosísimas. El *Retiro* lo abandonan tambien; pero nadie podrá negarme que viven en un *retiro* completo. Hoy se bañan en las esencias de las nacientes flores. Muy en breve se bañarán en la espuma del mar, recordándonos las náyades y las nereidas. Al volver á Madrid, se bañarán, como siempre, en las aguas de sus perfumes, ó en el agua de rosa de nuestros galanteos.

La estacion de las flores es verdaderamente una estacion original. Ni hace calor ni hace frio. Ni es verano ni es invierno. Ni llueve ni faltan nubes. Ni nos abrigamos mucho, ni tampoco nos atreveríamos á salir á la calle completamente desabrigados.

Se ha extinguido el último dia del mes de Abril. El mes de Mayo, sube, mis queridas lectoras, á ocupar el puesto que le corresponde.

Hace ya algunos dias que no hemos colocado en fila los sucesos de la capital, para presentarlos á nuestras amables lectoras.

Hoy que han nacido las primeras flores de Mayo; hoy que empiezan á respirarse esas vírgenes auras que llevan en su vuelo el gérmen de una nueva vida; hoy, que se disipa entre nosotros esa bruma sombría de los prados y del espacio, que se llama in-

Ayuntamiento de Madrid

vierno; hoy, por último, que se inaugura la deliciosa temporada de las mañanas del Retiro, de las tardes de la Cibeles, y de las noches de Recoletos, tenemos necesidad de engalanar nuestras Revistas con esta aureola especial que tanto caracteriza la bulliciosa aproximacion del verano.

Nos encontramos al frente de un gran período musical. La empresa de los Campos Elíseos ha anunciado ya el nombre de los artistas que han de tomar parte en las próximas funciones del teatro de Rossini; entre ellos figuran nombres de artistas que han sabido conquistarse una reputacion honrosa, y entretanto el eminente tenor señor Tamberlik, á quien preparan los literatos mas distinguidos de esta corte una bellísima corona poética, sigue arrebatándonos en el Teatro Real con las sublimes notas de *Guillermo Tell*, que es indudablemente su mejor *spartito*. Barbieri, que consiguió encerrar á un público numerosísimo bajo las bóvedas del circo del Príncipe Alfonso; Barbieri, que con los enérgicos golpes de su admirable *batuta*, sembró de infinitas armonías el aire, hiriendo á su capricho las cuerdas de nuestra alma con las múltiples combinaciones de tantos sonidos maravillosos; Barbieri, que es el génio, el arte, la armonía, ha sido reemplazado por una compañía ecuestre-gimnástica, que ha inaugurado ya las funciones de la temporada.

En los salones desaparecen las amenas tertulias, y las diademas de brillantes que lucian en el esplendor de la *soirée* sobre las sienes de tantas damas opulentas, se truecan en algunas frentes en la corona de la desposada. La duquesa de Medinaceli ha llegado á Madrid, de regreso de la feria de Sevilla, con el objeto de ser la madrina en las próximas bodas de la elegante marquesa de Taracena. ¡Verdaderamente, la hermosura nunca se puede ceñir mejor la corona nupcial que en la pintoresca estacion de la primavera!

El génio ha ceñido tambien en la última semana una lindísima corona de oro. ¡García Gutierrez acaba de recibir este obsequio que le ofrecen algunos de sus muchos admiradores por su drama *Venganza catalana!* ¡Bien merece tan señalada honra el distinguido poeta!

Siga la Primavera derramando flores por todas partes; siga la hermosura ciñendo coronas en las gradas de un altar; siga el génio conquistando laureles, y sigan nuestras lectoras tan amables como siempre, y todas las semanas serán buenas.

A. F. Grilo.

INSTRUCCION.

LAUROS Y ROSAS.

Hay ciudades venerandas, á cuyo solo nombre se estremece el alma de respeto, creyendo ver surjir de sus antiguos y denegridos muros las sombras de mil ilustres héroes, de mil inspirados vates, de mil sábios, lumbreras de la ciencia y gloria de su patria. En su recinto augusto todo recuerda su presencia: las casas en donde habitaron, el pavimento de las calles que hollaron con sus piés, el templo en donde debieron elevar á Dios sus santas preces. Y el viajero embargado por una sensacion indefinible, apenas se atreve á estampar la planta sobre aquellas piedras, á arrodillarse sobre aquellas losas; apenas se atreve á elevar la voz, temeroso de turbar los acordes de los ecos, que parecen repetir por todas partes el himno del guerrero, las trovas del bardo ó el entusiasta *eureka* del que supo arrancar á la creacion sus arcanos mas ocultos.

Tal es Salamanca: tal es la antigua ciudad, fundada, segun algunos por Hércules, el que osó poner límites al mundo, segun otros por una colonia griega, venida de Salamina. Su nombre significa en griego: *tierra de adivinacion y canto profético*, y en verdad que no pudieron darla mas adecuado nombre, siendo como ha sido en España la cuna de la ilustracion y del progreso.

En efecto, célebre es en todo el orbe su famosa Universidad, esa antorcha jamás apagada en medio de las vicisitudes estraordinarias que agitaron á la Europa; antorcha que brilló siempre despidiendo los mas vivos resplandores desde el principio del siglo XIII, en cuya época, D. Alonso IX, rey de Leon, estableció allí los estudios. Los Concilios, los Papas y los Reyes se complacieron á porfía en ennoblecerla y dotarla, y sus gloriosos fastos marcan en cada tabla tales distinciones y preeminencias, que es imposible que pueda ostentarlos semejantes ninguna otra Universidad, desde los mas remotos tiempos.

En ellas se lée, que congregados los sábios de esta insigne Academia por D. Alonso X, concluyeron de hacer las leyes pátrias, que son las Siete Partidas y las Tablas Astronómicas. Tambien consta en ellas que los Papas Martin I y Eugenio IV la dieron constituciones particulares; tanto era digna de fijar su atencion, tanto se interesaban por su engrandecimiento.

Mas tarde, D. Juan II, el Rey poeta, y los Reyes Católicos ampliaron los suntuosos edificios de que se compone, construyendo el primero un hospital para los estudiantes enfermos, y los segundos la magnífica pieza de la Biblioteca y la fachada principal, obra de un gusto delicadísimo y de singular belleza.

No es tan solo célebre esta ilustre Academia por su an-

Ayuntamiento de Madrid

tigüedad, por el número de cátedras y diversidad de maestros y enseñanzas, sino tambien por el grande catálogo de sábios y literatos que frecuentaron sus aulas en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII.

Allí todos nuestros dulcísimos poetas elevaron sus primeros inspirados cantos; allí confiaron á las flores, á los ecos, á las aguas las sensaciones primeras de sus almas.

Y así ¿quién no conoce á Salamanca, aunque jamás haya tenido la dicha de respirar su ambiente saturado de perfumes? ¿Quién no ha seguido con la imaginacion el caprichoso giro del Tormes, que se desliza murmurando sobre un lecho de verde musgo? ¿quién no crée ver su magnífico puente de veinte y siete arcos, construido por Hércules, segun dicen las crónicas, reconstruido luego por el emperador Trajano?

¡Y aquella magnífica catedral, tantas veces descrita, que es de estilo semigótico, y sorprende por la elevacion de sus pilares, la altura de sus bóvedas, torres y capiteles, y la delicada profusion de altos y bajos relieves, portadas y columnatas, que revelan el mas exquisito gusto unido á la riqueza; aquella anchurosa plaza, que es una de las mejores de Europa, y en donde mil y mil veces los alegres estudiantes habrán cantado el amor al són de sus guitarras! No, nada de esto nos es desconocido, como tampoco puede sérnoslo la hermosa huerta de Otea, el célebre valle del Zurguen, inmortalizados por Melendez, ni el Castillo arruinado de la Aldehuela de los Guzmanes, en donde uno de nuestros mas célebres vates empezó á entonar sus elegias. ¡Oh, cuántos nombres ilustres se agolpan á la imaginacion al recordar á la ciudad, llamada comunmente *la madre de las artes y las ciencias*, cuántas sombras venerandas pasan por delante de nuestros ojos entonando sus armoniosos cantos!

Pero hay un nombre entre esos nombres; hay una figura entre esas figuras magestuosas, que cautiva al par que la mente el corazon, porque ostenta una doble aureola de talento y de virtudes, y esa es la de D.ª Beatriz Galindo, llamada la *Latina*.

Nació esta sábia española en Salamanca, el año de 1475, y debió el sér á una familia ilustre.

Segun afirmaban sus antepasados, atestiguándolo con viejos pergaminos, descendia de aquella famosa heroina, que congregando á sus ciudadanas, cuando Anibal tenia cercada la ciudad, las indujo á que salieran al campo, ocultando las armas debajo de sus vestidos. Salieron en efecto, llegaron hasta el ejército enemigo, que nada recelando de su sexo las dejó avanzar impunemente, y así que estuvieron cerca sacaron las armas, y se batieron con tal denuedo, que los romanos, confusos y aturdidos, se retiraron en desórden y las cedieron el campo de batalla. Este hecho salvó á Salamanca, pues el generoso Anibal, asombrado del valor de aquellas heroinas, no solo las perdonó su osadia, sino que dejó libre á la ciudad, y la colmó de honrosos privilegios.

En nada se parecia Beatriz á aquella mujer intrépida; de carácter suave, de costumbres apacibles, solo consagraba su vida á los libros y á los desventurados; solo en los desventurados y los libros, hallaba espansion su alma, tierna, amante y bondadosa.

Desde muy niña demostró una estremada aficion á la literatura, de modo que cuantas horas podia robar á sus domésticos quehaceres, las dedicaba á leer libros científicos. Uno de sus tios, viendo sus felices disposiciones, la enseñó el latin, en cuya lengua hizo tales progresos, que á los 16 años se la tenia por el mejor humanista de la Universidad. Esplicaba los pasajes mas oscuros de los autores clásicos, con una prontitud y facilidad que admiraban á los mas hábiles humanistas; y sabia manejar con tal gracia y elegancia la lengua sonora de Horacio y de Virgilio, que pareciendo á todos cosa prodigiosa en su edad y en su sexo, la dieron el sobrenombre de la *Latina*, con el cual es conocida.

Lectora, y á la vez maestra de Isabel la Católica, quizás influyó mucho en la sábia conducta de esta Reina, porque Beatriz, que poseia toda su confianza, estaba dotada de un corazon magnánimo, claro ingenio y sin igual prudencia.

Pero no llegó á ocupar tan alto puesto por medio de los alardes de la vanidad, que era por el contrario, modestísima, ni por medio de las intrigas cortesanas; lo debió tan solo á su incesante afan de esparcir el bien en torno suyo, ó de enjugar las lágrimas del triste.

Hé aquí como sucedió; hé aquí como la Providencia condujo á Beatriz por la senda que convenia á sus altos fines.

En una noche lúgubre y tempestuosa se cometió un homicidio en Salamanca. El muerto era persona rica y principal; el acusado un infeliz vidriero, padre de siete hijos. Habíanle sorprendido junto al cadáver de su víctima blandiendo todavía el acero.

En vano el infeliz juró que habia pasado por allí al acaso; en vano juró que su sola intencion habia sido estraer el arma fatal para salvar al moribundo. ¡No lo creyeron! ¡Tal vez se emplearon ocultos manejos para que no fuese creido!

¡No le creyeron, y fué condenado á muerte!

Cuando la desolada esposa, cuando los llorosos hijos hallaron sordos á sus quejas todos los oidos, se dicidieron á implorar el socorro de Beatriz, cuya misericordia era proverbial en Salamanca.

Beatriz se sintió vivamente conmovida al ver á aquella mujer bañada en llanto, aquellos niños, vestidos de negro, que alzaban hácia ella sus trémulas manecitas.

Se dirigió á la prision, interrogó al acusado, se convenció de su inocencia por la cándida sencillez de sus respuestas, y ya no perdió ni un solo instante para hacerla brillar en los tribunales.

Pero sus gestiones se estrellaron contra el poder oculto, que desde un principio parecia perseguir al mísero vidriero, y nada consiguió.

Faltaban solo tres dias para que apareciese aquel dia funesto, último en que los pobres niños podrian dar á alguno el dulce nombre de padre, cuando Beatriz estimulada por su ardiente caridad, iluminada acaso por el cielo, determinó ir á arrojarse á los piés de la Reina, que se hallaba en Segovia, y pedirla la gracia de su protegido.

Aunque era muy niña, aunque era muy tímida, partió acompañada de un escudero anciano.

Sin embargo, el misterioso poder que combatia todos

Ayuntamiento de Madrid

sus proyectos, la opuso obstáculos en la marcha, obstáculos en el camino, obstáculos para que hablase á la Reina, á pesar de que la magnánima Isabel daba audiencia pública á la puerta de su Alcázar.

El tiempo corria; el tiempo apremiaba....

Beatriz, tomando una resolucion desesperada, fué á situarse durante la noche debajo de la ventana de la Reina, y empezó á recitar en voz alta hermosos dísticos latinos, compuestos por ella misma, y en los cuales encarecia la dicha suprema de hacer bien.

Pero pasaron unas tras otras las horas, y solo la respondian los gritos lejanos de los centinelas y los graznidos de las aves de la noche.... ¡Si rayaba el alba sin haber llamado la atencion de la Reina, el vidriero estaba perdido, porque aquella aurora era la última que debian ver sus ojos!

Y ¡ay infeliz! que empezó á esclarecer la atmósfera un resplandor incierto, ¡ay! que empezaron á destacarse algunos objetos del cáos confuso de las sombras.... ¡Ay! que el sol empezó á subir paulatinamente por detrás de las montañas, ¡ay desdichado, ay!

Pero el sol de Castilla brilló al mismo tiempo en la ventana de palacio.... Asomóse á ella un dulce rostro de mujer, y una voz dulce y armoniosa respondió á los gritos de angustia de la jóven....

Al cabo de algunos minutos, Beatriz bañaba con lágrimas de gozo los piés de su clemente Soberana, y un correo partia á todo escape con direccion á Salamanca.

¡Llegó á tiempo!

Llegó en el mismo instante en que el condenado subia las gradas del patíbulo....

—Gracia! gracia! gritó el correo desde lejos.

—Gracia! gracia! repitieron con júbilo los circunstantes.

—Gracia no, justicia! esclamó el Gobernador de la ciudad cayendo de rodillas. ¡Veo en todo esto la mano de la Providencia, y confuso y contrito, declaro que mio es el crímen cometido; que á mi me toca subir las gradas de ese patíbulo!

—No, no! gritaron mil voces á la par, la Reina ha perdonado: ¡gracia para todos, gracia!

El vidriero fué llevado en triunfo á los brazos de sus hijos; el Gobernador corrió á encerrarse en un convento, legando todas sus riquezas á los pobres.

En cuanto á la autora de tantos bienes, recibió de Dios el premio merecido. Isabel ya no quiso separarse de aquella jóven, que unia á un alma tan bella un ingenio tan vasto y prodigioso.

Mas que su maestra fué su amiga y su hermana.

Beatriz vivió á su lado honrada y bendecida, ostentando en su frente el lauro de la gloria, entrelazado con las rosas que simbolizan las virtudes.

¡Dichosa, lectoras mias, la que pueda alcanzar esta doble corona, y hermanar entre sí tan nobles atributos!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA PRIMAVERA.

—

Despertad, aves canoras,
Salid, hijas de la selva,
Saltad de la verde rama
Que os cobija en la arboleda;
Dad al viento vuestra pluma,
Entonad dulces endechas;
Que oculta entre nubes de oro,
Flotando en gasas aéras,
Bebiendo la primer luz
De una mañana serena,
Y del manto de la aurora
Arrebatando las perlas
Para tornarlas en lírios,
En claveles y azucenas,
Asoma ya en los espacios
La virginal Primavera.

—

Cefirillos cariñosos,
Grato rumor de las selvas,
Dulce aliento de los bosques,
Suspiros de las praderas,
Venid por entre las ramas
Escondidos, con cautela;
No murmureis todavía,
Mirad que el viento os acecha;
Llegad, escuchadme. ¿Oisteis?
Pues volad, leves gacelas,
Hablad á todas las flores,
Cruzad la llanura inmensa,
Y pregonad que riente,
Flotando en gasas aéreas,
Bebiendo la primer luz
De una mañana serena,
Y del manto de la aurora
Arrebatando las perlas
Para tornarlas en lirios,
En claveles y azucenas,
Asoma ya en los espacios
La virginal Primavera.

—

Hermosa flor que descubres
Tu galana gentileza

Ayuntamiento de Madrid

De la cristalina fuente
En las márgenes risueñas;
Tú á quien siempre enamoradas
Las mariposas se acercan;
A quien da su húmedo beso
El alba cuando despierta;
Tú que trémula te agitas
Y gozosa te recreas
Cuando el agua te corona
Con sus espumas inquietas,
Díle en secreto á esa fuente
Que corra por la pradera,
Y murmure que hoy hermosa,
Flotando en gasas aéreas,
Bebiendo la primer luz
De una mañana serena,
Y del manto de la aurora
Arrebatando las perlas
Para tornarlas en lírios,
En claveles y azucenas,
Asoma por los espacios
La virginal Primavera.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

I.

Enriqueta, cuyo hechicero rostro espresaba la satisfaccion, se hallaba sentada frente á Mr. Waldbourg, delante de la mesa donde les habian servido el desayuno.

—Sí, padre mio, dijo ella; esperimentais una mejoria muy notable desde que llegamos á Francia; á los largos insomnios que os atormentaban en Riga, veo que ha sucedido un sueño regular y apacible; padeceis menos, estais alegre. ¿Por qué no me permitís que abrigue la esperanza de que las aguas de Mont-Dor os volverán la salud?

Mr. Waldbourg se sonrió.

—No conviene, hija mia, que nos hagamos ilusiones acerca de los efectos maravillosos que algunas personas atribuyen á las aguas minerales.

No obstante, las tomaré, aunque tengo la conviccion de que han de convenir mejor á tus tios que á mí.

—¿A mis tios? pero si ni uno ni otro se hallan enfermos, al paso que nosotros....

—Estás equivocada, Euriqueta, Mr. y Madm. Bloun padecen una enfermedad cruel, y por lo regular incurable, cuando se ceba en la gente rica y ociosa; esa enfermedad es el tédio. Yo no dudo que habrá contribuido algo á la pronta resolucion que tomaron de hacer este viaje la idea de que así me decidirian á emprenderle, pero casi me atreveria á jurar que no ha sido ese su primer móvil.

Al través de los placeres y diversiones que hallaban uno y otro en su casa de Riga, deslizábase la saciedad y el fastidio. Ambos han creido que un viaje á Francia, Italia, y despues á Inglaterra, podrá librarles para siempre de esos dos enemigos mortales de su dicha; vé ahí porqué tu tia se sintió repentinamente atacada de los nervios, y consiguió que la recetára el médico, como á mí, las aguas de Mont-Dor, porque en Mont-Dor se reune todos los veranos una sociedad brillante, que acude desde varios puntos del globo á buscar la salud. Como llegamos ayer, hoy es justo descansar; pero mañana verás como tu tia se ocupa de preparar sus trajes y prendidos, de adquirir relaciones, etc., etc.

¿Qué me apuestas á que no toma las aguas, á menos que una gran señora, elegante y entonada, la estimule con su ejemplo?

—Supongo que sin necesidad de su estímulo, mi querido padre, las tomaréis desde mañana, ¿verdad?

—Sí, Enriqueta mia: tu padre hará cuanto esté de su porte para recobrar la salud; no quiere por capricho condenarte á que pases la flor de tu juventud cuidando á un enfermo.

—¡Oh, no hableis así! esclamó Enriqueta con prontitud. No sabeis bien con cuanto gusto me consagro á ese deber sagrado!

—Yo sé que mi Enriqueta es la mejor de las hijas, repuso Waldbourg, y por eso mismo creo que no podré recompensar mejor su cariño filial que procurando el alivio de una dolencia que siente mas que yo mismo.

Al decir esto Waldbourg tendió la mano á su hija, y ésta la besó con tanto cariño como reverencia.

La confianza, el tierno abandono, esa dulce intimidad que nace de la indulgencia de un buen padre, reinaban entre Waldbourg y su hija. Enriqueta no se habia separado jamás del autor de sus dias. Él habia sido su maestro, su confidente, á él debia la instruccion sólida que á los diez y siete años hacia de la jóven una persona notable; de modo que á los lazos de la sangre añadia los de una gratitud sin límites, y entrambos se miraban con recíproca estimacion.

Acabado el desayuno, Waldbourg manifestó deseo de reposar un poco, y Enriqueta, despues que le dejó recostado en su cuarto, fué al que ocupaba ella misma. Este se hallaba contiguo al de su padre. Cuando entró en él asomóse á la ventana, para gozar de unas vistas, no muy estensas, pero sí muy agradables, pues desde la ventana se descubria una parte de la campiña.

Después, entróse á desatar algunos lios y maletas donde se habian empaquetado los objetos mas precisos para una persona estudiosa.

Mientras los iba revisando, Enriqueta entregábase al placer de trazar su plan de vida. Mi tio Mr. Bloun ha salido á buscar casa, no tardará en volver con la noticia de que ya la tenemos, decia para sí, y enseguida tendré que arreglarla de modo que mi padre lo halle todo á su gusto: le arreglaré la biblioteca, los papeles de música, la mesa de dibujar, los mapas; todo quiero que lo halle á mano, y así podrá entregarse á sus ocupaciones favoritas, lo mismo que si estuviera en nuestra casa de Riga.

Pero será necesario que haga una vida mas variada; por la mañanita irémos á las termas, y darémos nuestros pa-

Ayuntamiento de Madrid

seos por el campo ; el ejercicio le hará bien, visitarémos la montaña del Ángulo, *El pico de Sancy*, la garganta del Infierno, y todos estos alrededores. Mientras mi padre y yo descansamos á la sombra, nos entregaremos á nuestras ocupaciones favoritas ; mi padre arreglará su herbario, y yo enriqueceré mi album con algunas vistas.

Por las noches, si papá sigue bien, querrá que acompañe á mi tia, y participe de las diversiones y pasatiempos que nunca faltan en los puntos de reunion adonde acude gente rica y á la moda, que no es por cierto la que se halla mas libre del fastidio.

Esta reflexion vino á cambiar el giro de sus pensamientos, trayéndole á la memoria las palabras de su padre y los precedentes del viaje á Francia, emprendido con tanta precipitacion, que casi, casi tenia visos de rapto. Mr. Waldbourg, no habia tenido tiempo de reflexionar: el médico le recetó las aguas de Mont-Dor, y á los dos dias se halló sentado en un coche de camino, en compañía de Bloun, su esposa y Enriqueta.

Solo entonces prestaron aquellos atencion á sus palabras y observaciones.

—No me parece bien hecho dejar el cuidado de una casa de giro á un dependiente: decia Waldbourg á su cuñado; pero éste á todo hallaba respuesta satisfactoria.

—No tengas cuidado, decia con ese aire de suficencia que distingue á los necios y á los farsantes. Yo sé muy bien lo que me hago. Este viaje lejos de paralizar los negocios, ensanchará la esfera de la especulacion.

Bloun, segun él mismo decia con frecuencia, era hombre que sabia vivir.

Nádie como él era diestro en manejar los negocios; lo mejor que podia resolver su cuñado era entregarse por completo á la confianza en su genio comercial. Asi es como Waldbourg, hombre de pensamiento y no de accion, lograria en poco tiempo ver cuadruplicado el capital que le habia entregado en dinero contante, capital crecido y que constituia toda su fortuna.

Waldbourg era confiado, como lo son regularmente los hombres incapaces de una maldad ó un fraude cualquiera. Creyó en las palabras del hermano de su malograda esposa, y no pensó ya si no en reponerse de sus males.

Despues de atravesar rápidamente la Lithuanía, la Polonia y las fronteras, detuviéronse unos dias en Paris, y por último continuaron su camino hácia Puy de Dóme, y la víspera, como ya hemos dicho, habian llegado á Mont-Dor.

Enriqueta veia mejorado á su padre, y esto era lo que la llenaba de gozo, haciéndola bendecir la hora en que resolvieron emprender tan largo viaje.

Pronto vamos á ver cuán aventurados son los juicios que á veces formamos acerca del bien ó del mal que nos ha de resultar de una cosa, y cuantas veces creyendo acertar la erramos.

II.

Hácia la hora de comer, Waldbourg dirigióse al cuarto de su hija, y admiróse al saber por ella que Madm. Bloun no habia bajado de su habitacion, ni cuidado á lo menos de saber cómo seguian.

—¿Cómo no has subido al cuarto de tu tia? preguntóle á Enriqueta.

—Buen cuidado he tenido de no hacerlo, respondió la jóven. Mi tio me lo advirtió anoche al retirarse, diciéndome que su mujer estaba muy cansada, y tenia necesidad de reposo, que regularmente no se levantaria hasta las tres ó las cuatro de la tarde. Advirtióme además que no le veríamos en todo el dia, puesto que se proponia salir temprano y no volver hasta que hubiera encontrado una casa, tal como se necesita para vivir cómodamente una temporada.

—Para una temporada no es necesario buscar grandes comodidades, dijo Waldbourg encogiéndose de hombros. A tus tios les gusta darse tono, y querrán una casa *comm'il faut* (para valerme del lenguaje de tu tia, que juzga más elegante chapurrear el francés que hablar el idioma nativo con pureza.) ¿Qué quieres, hija mia, preciso es transigir con las flaquezas del prójimo, y bueno seria que tocases la campanilla; mandaremos un recado para saber si Madama Bloun se digna honrar nuestra mesa con su presencia.

El camarero no tardó en venir á ver que le mandaban, y quedóse no poco sorprendido al oir el recado. Madama Bloun, preguntó, no es la señora que llegó ayer en el mismo coche que el señor y la señorita?

—Sí por cierto.

—Pues en ese caso, ¿cómo me enviais á saber si ha de bajar á la mesa? ¿No sabeis que ha partido?

—Partido? esclamaron á un tiempo el padre y la hija. Querréis decir que ha salido, añadió Waldbourg.

—No, no señor, repuso el camarero; esa señora y la doncella partieron anoche mismo á las pocas horas de haber llegado.

Waldbourg creyó que habia entendido mal, y le hizo repetir el relato.

El buen hombre insistió en lo dicho, con tal seguridad, que sus interlocutores enmudecieron de asombro; para cerciorarse llamaron al fondista, y éste confirmó las aseveraciones del camarero.

Mr. Bloun apenas habia llegado á la fonda hizo que le preparasen una silla de posta, encargando que los caballos estuviesen enganchados á la media noche; acabado de cenar hizo que bajasen las maletas, y á las doce menos dos minutos bajó él mismo dando el brazo á la señora, que por mas señas iba llorando; la doncella bajó tras ellos, y los tres subieron al carruaje, que partió al trote de los caballos. Mr. Bloun, segun dijo el fondista, iba muy incomodado.

—¿Y no dejó absolutamente ningun recado para nosotros? preguntó Waldbourg.

—Absolutamente nada; en cuanto se marcharon subimos al cuarto para ver de arreglarlo, y no fué necesario: todo estaba en su sitio; las camas no se habian tocado, diríase que nadie habia entrado en la pieza.

—Está bien, gracias; podeis iros, dijo Waldbourg á su huésped, y luego mirando á su hija, exclamó: Pues señor, no comprendo semejante conducta.

—Ni yo, padre mio, ¡es cosa bien estraña! Uno y otro guardaron despues silencio; el padre se paseaba por el cuarto con una inquietud febril; la hija estaba inmóvil y

Ayuntamiento de Madrid

Mayo de 1866.

Lit. de J. Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 30.

MADRID.

Ayuntamiento de Madrid

apoyada en el alfeizar de la ventana; los dos se perdian en conjeturas.

La noche anterior Madm. Bloun se habia manifestado, como siempre, frívola y petulante; su marido sí habia estado taciturno, pero eso le sucedia con frecuencia; su genio era desigual, sobre todo en el tiempo que duró el viaje.

—Enriqueta, esclamó de pronto Waldbourg, ¿no has estrañado lo mismo que yo, la falta de noticias de nuestros amigos y corresponsales de Riga?

—Sí señor, pero me hacia cargo de que viajando con rapidez no es fácil recibir la correspondencia.

—Sí, eso es verdad; pero tambien lo es que yo dejé á mis amigos una nota del itinerario que seguíamos, y les encargué repetidas veces que no dejáran de escribirme; todos prometieron hacerlo con puntualidad, y ni siquiera una carta he recibido, al paso que Bloun ha tenido varias, aunque no me las ha enseñado.

¡El hermano de mi esposa, el hermano de tu excelente madre, guarda conmigo una reserva estraña!

Mientras esto decia Waldbourg, no cesaba de dar paseos por el cuarto; su rostro expresaba una inquietud horrible.

(*Se continuará.*)

MICAELA DE SILVA.

LABORES.

La que hoy representa nuestro grabado, compuesta de cuadros de crochet, puede servir lo mismo para colcha con viso de color, que para antimacasar, cubierta de velador ó banqueta de piano, segun el género del algodon que se emplée, y empalmando tantos cuadros como tamaño quiera darse á la obra. Bastará esplicar dos de estos, para hacer comprensible la labor.

Princípiase el primero, ó sea el que representa una estrella, por el centro, con una cadeneta de cuatro puntos, que se cierran en círculo, haciendo sobre ellos diez y seis puntos dobles, uniendo lo mismo el último al primero, lo que dará otra vuelta cerrada.

2.ª *Vuelta.*—Se hace un punto doble en el primero, *5 ps. de cadeneta, 1 p. d. en el que sigue de la vuelta anterior.* Se repite de señal á señal siete veces, lo que dará ocho presillas alrededor.

3.ª—9 ps. d. en cada presilla, y 1 p. s. sobre cada punto doble.

4.ª—Toda de puntos dobles, haciendo dos en uno en los centros de las ondas.

5.ª—Como la cuarta.

6.ª—1 p. d. en la parte inferior de la onda, *5 ps. s., 1 p. d. en la parte inferior de la otra onda, 5 ps. s., 1 p. d. en la misma onda.* Se repite hasta el fin de la vuelta, y lo mismo en las demas.

7.ª—1 p. d. en la presilla que está sobre la onda, *3 ps. s., 3 barras en la presilla siguiente, 3 ps. s., 3 bar. en la misma presilla, 3 ps. s., 1 p. d. en la presilla siguiente.*

8.ª—Como la anterior, haciendo cinco puntos sencillos en vez de tres, y colocando los grupos de barras en el centro de las otras, y un punto doble sobre el doble anterior, y se concluye la estrella.

9.ª—1 p. d. en el pico de la estrella, *13 ps. s., 1 p. d. en el pico siguiente, 17 ps. s., 1 d. en el pico siguiente.*

10.ª—Toda de puntos dobles, haciendo para formar el ángulo tres puntos en el del centro de los 17.

11.ª—Como la anterior, haciendo cada tres puntos un *picot*, que se compone de tres puntos de cadeneta sujetos al mismo en que empiezan.

12.ª—Como la décima, dejando libres los picots.

13.ª—Como la undécima, contrariando los picots.

14.ª—Como la décima.

15.ª—Como la undécima, cuidando de hacer en todas estas vueltas los crecidos de los cuatro ángulos.

El otro cuadro será asímismo principiado por el centro, con 7 ps. s., sobre los que se harán 10 puntos dobles.

2.ª *Vuelta.*—Se forman las hojas de la cruz, haciendo: *12 ps. s., y volviendo sobre ellos, haciendo 3 ps. s., 1 bar. en el tercero, 3 ps. s., 1 bar.; y esto mismo hasta llegar al pié, 4 ps. d. sobre 3 del círculo.* Se repite tres veces todo.

3.ª—Se cubren las cuatro hojas de festones ó presillas de cinco puntos, con uno doble en el tercero de la vuelta anterior, llegando bien al pié de cada hoja, y haciendo entre una y otra cuatro puntos en el círculo.

4.ª—4 ps. s. entre las dos primeras hojas, y ahora *4 ps. s., 1 picot, que ya dejamos esplicado en el cuadro anterior, 4 ps. s., 1 picot, 4 ps. s., 1 p. d. en la punta de la hoja, 4 ps. s., 1 picot, 4 ps. s., 1 picot, 4 ps. s., 1 bar. cuádruple (para la que se echan cuatro veces la hebra sobre el crochet, sacando tres veces mas el punto que en las ordinarias) entre las dos hojas,* y se repite tres veces desde la señal.

5.ª—*3 ps. s., 1 picot, 9 ps. s., y 13 en los ángulos, 1 p. d. en la vuelta anterior, formando grandes presillas ó festones.* Se repite hasta el fin de la vuelta.

6.ª—1 p. d. en el centro de la onda, *3 ps. s., 1 picot, 3 ps. s., 1 p. d. en el centro de la onda siguiente.*

7.ª—Toda de puntos dobles, con un picot cada tres puntos.

Se reunen los cuadros unos á otros por los *picots*, bien con aguja de coser, bien con la de crochet al ejecutar la última vuelta del cuadro, si la que la ejecuta es hábil en esta clase de labores.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Ayuntamiento de Madrid

MODAS.

Esplicacion del **Figurin de niños**, *núm.* 814.

Fig. 1.ª Traje para niña de primera comunion.—*Vestido* de muselina blanca, adornada la falda por un entredos, un ruche de la misma muselina, y otro entredos á igual distancia, que dan la vuelta alrededor, y desde el último suben *ruches* en escalon formando costadillos. *Cuerpo* rizado y escotado en cuadro, orillado del mismo ruche, manga justa, y cinturon de la misma tela con cordon blanco encima, que se anuda por delante. *Gorra* de ala de tul, con ruches á la cara y fondo de redecilla. *Velo* blanco.

Fig. 2.ª Traje para jovencita.—*Falda* de seda verde listada, lisa y muy nesgada. *Camiseta* blanca adornada de bieses de seda verde, orillados de puntilla blanca. *Cinturon* verde, con broches, y cinta verde en el cabello.

Fig. 3.ª Traje para niño de cinco años. — *Vestido* al gusto de Enrique III, compuesto de calzon, ropilla y esclavina de grós grain negro, adornado de galones de seda, y sujeta la esclavina con cadena de azabache. *Cinturon* de cuero. *Botas* altas y *gorrito* blanco de seda con ribete negro, y esprit dorado.

Fig. 4.ª Traje para niña de cuatro años.—*Vestido* de granadina blanca con bieses de seda grosella en la falda, cuerpo de escote cuadrado con puntas de chaleco por delante y manga corta de bullon, orillado todo del mismo biés: lazo grosella con caidas por detrás en el talle, y cinta de igual color en el pelo.

Fig. 5.ª Traje para niño de siete años, compuesto de *pantalon y chaqueta* larga, con esclavina, ribeteada de galones negros sobre paño claro. *Chaleco* de piqué blanco, y *sombrero* de paja.

Fig. 6.ª Traje para niña de once años.—*Vestido* de fulard, de doble falda la primera, lisa, con dos bieses negros alrededor, y la segunda listada y recogida á la izquierda, con una pata de terciopelo. *Paletot* de la misma tela, cortado al biés, y cinta negra al cuello, que se anuda por detrás, descendiendo flotantes sus cabos. *Sombrero* de crin, con plumas blancas y cinta negra.

Esplicacion de la lámina doble de **Abrigos** *de Primavera, núm.* 813, *que se reparte de* **Regalo** *á las suscritoras por un año ó seis meses.*

Fig. 1.ª CZARINA. *Rotonda* de grós imperial, adornada de cintas orientales negras, punzó y oro, y borlas semejantes.

Sombrero Lamballe, de paja, adornado en el centro de un lazo, y tulipan con follaje sobre el fondo bullonado de tul. Bridas de tafetan.

Fig. 2.ª BRETON. *Paletot* de franela moteada, blanca y negra, adornado de cintas de seda negra, que se anudan en los hombros con cabos flotantes, y botones de metal.

Sombrero Princesa, de paja de arroz, guarnecido de moiré-antique blanco, y blonda encima. Rosa blanca, marabout al lado, y ruche rizado á la cara, atravesado por cinta.

Fig. 3.ª MARÍA ANTONIETA. *Paletot* de seda, abierto por detrás, con cinturon de anchas caidas, adornadas éstas, así como todo el abrigo, por encaje y rica pasamanería.

Sombrero fanchon, de paja grís perla, con cinta, que le atraviesa de uno á otro lado, y cordon de follaje encima: gran velo de tul flotante por detrás.

Fig. 4.ª CAPRICHO. *Paletot*, género oriental, en piqué de seda, adornado de pasamanería de seda y acero. Este paletot, abierto por delante con chaleco igual, tiene dos aldetas oortas por delante, y dos mas largas por detrás, adornadas del mismo modo.

Peinado de teatro ó soaré, con diadema de hojas de rosa.

Fig. 5.ª MIGNONNE. *Paletot* de franela de color, para niña, con un fleco de cuentas de colores, y botones semejantes.

Sombrero de paja de Italia, de copa redonda y ala recogida á un lado por presilla de terciopelo: gran pluma blanca, que parte de adelante, y desciende por detrás mas que el ala.

Fig. 6.ª DUQUESA. *Paletot* de grós imperial negro, ceñido, y adornado de rica pasamanería de seda y azabache, con fleco al borde de largos canutillos y bolas de azabache.

Sombrero Pamela, de crespon, con grupo de follaje en el centro y doble cadena de cuentas, que pasa por delante de uno á otro lado. Bridas sujetas con broche, en el que pueden ir las iniciales ó armas de la persona que le lleve.

Aurora Perez Miron.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, **P. J. de la Peña.**

MADRID.—1866.
Imprenta de **M. Campo-Redondo.**—Olmo, 14.

Ayuntamiento de Madrid